

¿Qué pasos podemos emprender para evitar ser totalmente cómplices de la reproducción del orden social dominante?

¿Cuáles son algunas de las condiciones necesarias para una terapia que sea sensible a las políticas de género, a las de dominación heterosexual o a las de raza y cultura, de clase y orientación sexual?

¿Cómo interactuar con las personas para ayudarlas a identificar, abrazar y honrar su resistencia frente a aquellos actos de individualismo en los que la cultura moderna dominante les incita a involucrarse mediante sus conocimientos y prácticas de poder?

¿Cómo subvertir las jerarquías de saber que privilegian el conocimiento profesional y abrir nuevas posibilidades para disentir?

“Mi compromiso con la metáfora narrativa vino de mi decisión de buscar prácticas que no sean normativas. Me refiero a las prácticas que no refuerzan ni reproducen las formas de vida valoradas por la cultura dominante sin cuestionarlas —esas formas de ser en el mundo, consideradas ‘reales’, ‘apropiadas’, ‘sanas’ y demás.

Creo que la metáfora narrativa abre un terreno muy fértil para este proyecto, infinito.”

Michael White



MICHAEL WHITE (1948-2008) es uno de los fundadores de lo que hoy conocemos como terapia narrativa. Durante gran parte de su carrera co-dirigió el *Dulwich Centre* en Adelaida, Australia, donde publicó la mayor parte de su obra. A finales de su vida fundó un nuevo proyecto: *Adelaide Narrative Therapy Centre*, hoy llamado *Narrative Practices Adelaide*. Fue co-autor, con David Epston, del texto fundacional de las prácticas narrativas: *Medios narrativos para fines terapéuticos*, entre otras obras fundamentales de la terapia narrativa. Michael White siempre se identificó como un colaborador más en el desarrollo de estas ideas y prácticas, como parte de una comunidad de personas que contribuyeron al desarrollo de las mismas y siempre mantuvo viva la curiosidad por conocer y contribuir con desarrollos locales de la práctica narrativa.

MICHAEL
WHITE

PRÁCTICA NARRATIVA *La conversación continua*

PRÁCTICA NARRATIVA

La conversación continua

MICHAEL WHITE



Pranas



colectivo
Prácticas Narrativas



Pranas
Ediciones

ISBN 978-956-9719-00-4



9 789569 719004

PRÁCTICA NARRATIVA

PRÁCTICA NARRATIVA

La conversación continua

MICHAEL WHITE

Editado por David Denborough

Prefacio
Jill Freedman

Introducción
David Epston

Epílogo
Cheryl White

Palabras finales y agradecimientos
Cheryl White

Título del original en inglés: *Narrative practice. Continuing the conversations*

Copyright © 2011 by Cheryl White and Penny White

Preface and Introduction copyright © 2011

by W. W. Norton & Company, Inc.

Epilogue, Postscript, and Acknowledgment copyright © 2011

by Cheryl White

All rights reserved

Traducción: Marina González Gutiérrez

Revisión técnica: Alfonso Díaz Smith, Marcela Estrada Vega,

Marina González Gutiérrez, Ítalo Latorre-Gentoso,

Carolina Letelier Astorga

Coordinación editorial: Amandine Semat

Edición: Mónica Nepote, Ramón Vera Herrera

Diseño de portada y diagramación: Gabriela Díaz, Javier Alcaraz

Primera edición: septiembre de 2015, Santiago de Chile

© de todas las ediciones en castellano, PRANAS Chile Ediciones

PRANAS Chile Ediciones es una editorial independiente,

ubicada en Santiago de Chile

pranas@pranaschile.org

pranaschile.org

Esta edición fue desarrollada en colaboración con el

Colectivo de Prácticas Narrativas, México

info@colectivo.org.mx

colectivo.org.mx

ISBN: 978-956-9719-00-4

Impreso en Chile y México – *Printed in Chile and Mexico*

CAPÍTULO I

Traer el mundo a la terapia y subvertir las operaciones del poder moderno

Muchos propósitos han configurado mis exploraciones de las prácticas terapéuticas durante varios años, pero dos han sido muy importantes para mi compromiso con la metáfora narrativa. El primero tiene que ver con el empeño que he puesto en desarrollar prácticas que descentren nuestras voces como terapeutas. Estas prácticas tienen por efecto traer al centro de la aventura terapéutica algunos de los “saberes” y habilidades de vida que tiene la gente que nos consulta. Estos saberes y habilidades no se distinguen muy bien al principio de los encuentros. Las prácticas terapéuticas a las que me refiero aquí, contribuyen entre otras cosas, a enriquecer las descripciones de los saberes y habilidades generados en las historias de vida de las personas, mostrando su importancia, y enfatizando la pertinencia que tienen para sus esfuerzos por responder a los problemas y dilemas que las llevan a buscar ayuda.

Además, mi compromiso con la metáfora narrativa vino de mi decisión de buscar prácticas que no sean normativas. Me refiero a las prácticas que no refuerzan ni reproducen las formas de vida valoradas por la cultura dominante sin cuestionarlas —esas formas de ser en el mundo, consideradas “reales”, “apropiadas”, “sanas” y demás. Creo que la metáfora narrativa abre un terreno muy fértil para este proyecto, infinito.

Al comprometerme con la metáfora narrativa, he tenido mucho cuidado en recalcar, en mis escritos, talleres y conferencias, que mis exploraciones se inscriben en una tradición de pensamiento que está dando forma a la investigación, a través de diversas disciplinas —que van de la antropología cultural a la teoría literaria, de la etnometodología a los estudios del discurso. Soy consciente de que no soy el único en involucrarme con la metáfora narrativa; también la han adoptado psicoanalistas a la hora de reinterpretar el mismo psicoanálisis; psicólogos y psicólogas, para desarrollar psicologías nutridas por el postestructuralismo; y demás intelectuales que se sitúan en el vasto campo de la terapia familiar.

Aun así, los análisis narrativos de lo que sucede en la vida no son exclusivos de las disciplinas profesionales. Parecen ser una herramienta cultural primordial —pero no la única— para crear significado, una herramienta que la gente usa, de modo rutinario, en su vida cotidiana. El involucramiento de la gente con esta herramienta emerge sobre todo cuando se esfuerza por entender y conciliar lo que encuentra problemático o inquietante en su vida. Estos esfuerzos son más notorios cuando las personas buscan ser escuchadas, cuando piden consejo en sus redes familiares, de amistades y personas conocidas, o cuando consultan a terapeutas sobre sus problemas y dificultades.

Por ejemplo, en las consultas la gente suele compartir sus formas de entender los acontecimientos específicos de su vida y de la vida de sus seres cercanos: son relatos que despliegan los eventos ocurridos, dentro de su mundo, en su historia reciente y a veces su historia más remota. Al relatar, las personas suelen identificar varios temas que asocian con estos acontecimientos. Estos temas a menudo representan tragedia, pérdida, frustración, fracaso y desesperanza. Además de estos entendimientos narrativos, las personas también nos comparten

sus reflexiones acerca de estos eventos y temas, y sus reflexiones suelen aparecer como conclusiones negativas de identidad. Por ejemplo: “Lo que hizo nos demuestra que él está empeñado en destruir a la familia” (atribución de un motivo); “Esto muestra lo inadecuado que soy” (atribución de una característica personal); “Esto te da una idea de lo patético que soy” (atribución de un rasgo); “Esto muestra qué tan necesitado soy” (atribución de un trastorno), etcétera.

Estos relatos de los eventos de las vidas de las personas, los temas que les son asociados y las conclusiones de identidad que acompañan estos relatos, por lo general asumen la forma de narraciones saturadas del problema. Es frecuente, además, que la gente represente estos relatos como la historia dominante en sus vidas.

Muchas prácticas —pero no todas— en lo que se suele llamar terapia narrativa, nos permiten unirnos con la gente para “desentrañar” algunas de las historias dominantes, las historias de vida saturadas del problema. Así, logramos deconstruir muchas de las conclusiones negativas asociadas con estas historias, logramos que las personas accedan a otros posibles relatos identitarios y a nuevas opciones para actuar en el mundo. Este tipo de prácticas terapéuticas también nos brinda la oportunidad de unirnos con la gente en el análisis narrativo de algunos de los eventos de vida que no caben en las historias dominantes. Son acontecimientos que se suelen dejar de lado, que no se suelen considerar; no hay un reconocimiento a conciencia de su posible significado. En nuestro campo, hablamos a menudo de conversaciones de “re-autoría” para referirnos a esos análisis narrativos. En las conversaciones de re-autoría, invitamos a las personas a dar significado a algunos de estos eventos que no se habían tomado en cuenta en un primer momento, y las alentamos a tejerlos con otros en una secuencia que poco a poco se desenvuelve a través del tiempo, siguiendo

temáticas alternas, o siguiendo argumentos que contradicen estos relatos, lo que podríamos llamar las “contra-tramas” de sus vidas. En este proceso, invitamos a la gente a reflexionar sobre los eventos de las contra-tramas y es una nueva oportunidad para que hagan descripciones que contradigan las conclusiones negativas de identidad asociadas con las historias dominantes en sus vidas.

Existen varias formas de entender cómo conducen al cambio estas conversaciones. Existe el entendimiento de que contribuyen a hacer más evidente que las vidas de las personas están configuradas por multiplicidad de historias, es decir, cuentan con más recursos narrativos. Esto brinda a las personas más alternativas para crear significados y nuevas posibilidades de acción en su vida. Existe el entendimiento de que las nuevas conclusiones de identidad que nacen de estas conversaciones abrazan la vida de las personas, permitiendo responder de forma completamente diferente a los eventos de sus vidas. Otros entendimientos apuntan a los efectos constitutivos (porque modelan la vida de una persona) de las conversaciones de re-autoría en la terapia narrativa. Estos entendimientos llaman la atención sobre el hecho de que, en estas conversaciones, la gente se involucra en una representación de su vida que la transporta de modo significativo. *Transportar* en el sentido en que tal representación es una actividad mediante la cual las personas devienen otras, de las que eran al llegar al encuentro.

Aunque admire profundamente la metáfora narrativa —espero que siga siendo un elemento que forme mis exploraciones en mi práctica terapéutica—, esta metáfora nunca puede incorporar todas las consideraciones expresadas en nuestras exploraciones. Por ejemplo, no nos permite considerar las numerosas estructuras y prácticas culturales que, si bien pueden estar asociadas con ciertas narrativas, no

se pueden reducir al análisis narrativo y éste no puede dar cuenta de ese todo por sí mismo.

Respecto a esas estructuras y prácticas, siempre he procurado abordar los diversos contextos de vida y entender las formas específicas en que estos contextos configuran la existencia. Esto ha contribuido a que me enfoque en el contexto familiar (familias de origen y procreación, de elección o imposición), en las instituciones sociales (incluidas las escuelas y lugares de trabajo), en las condiciones de vida materiales y sociales (incluyendo las desigualdades económicas y el orden social injusto), en las relaciones de poder de la cultura local (incluyendo género, raza, clase, heterosexismo), y en lo que se suele entender como formaciones discursivas (incluidos los sistemas modernos para aprehender la vida y la identidad, las maneras habituales para hablar de la vida y la identidad, las micro-prácticas de vida e identidad que conllevan las reglas que determinan lo que cuenta como saber, las que determinan quién puede hablar y bajo qué circunstancias, etcétera).

A pesar de la importancia que en mis escritos y en mis clases siempre he dado a las consideraciones del contexto, en lo que atañe a la vida y al desarrollo de la práctica, a menudo escucho o leo relatos bastante limitados de lo que propongo al respecto. Irónicamente, estos relatos reducen lo que se hace en nombre de la terapia narrativa. Hay quienes han llegado a la conclusión de que “plantee que la vida no es sino un texto”, que “reduje la realidad al lenguaje”, que “amalgamé la narrativa con el discurso” (hasta reducirla al discurso), que “propuse un relativismo moral donde todo vale”, que soy “un anti-realista”, que “reproduce el individualismo y el aislacionismo de la cultura occidental contemporánea al situar los problemas en estructuras individuales de significado”, y demás.

Creo que algunas de estas conclusiones acerca de las prácticas que propongo vienen del hecho de que se suele identificar el cuerpo de estas prácticas como una “terapia narrativa”. Es un riesgo constante y tal vez debamos desechar el concepto de “terapia narrativa” y sustituirlo por otros que insistan en las prácticas que abarquen la complejidad de los contextos de vida de la gente que nos consulta. Pero la metáfora narrativa seguirá siendo esencial para mí, pues la gente se relaciona con la cultura por medio de historias. Las historias de vida e identidad no se construyen desde la nada. No son fenómenos que existan por sí solos, aislados de los discursos culturales. Más bien, las historias de vida e identidad son configuradas por los discursos de la cultura, y a su vez son las portadoras de estos discursos. Esa apreciación de la narrativa como vehículo cultural es la que enfatizo en numerosas exploraciones de la práctica, sobre la cual he escrito y hablado en varios espacios de enseñanza.

Esta forma de entender la narrativa como vehículo cultural se revela en las conversaciones terapéuticas que desentrañan las historias de vida e identidad. Desentrañarlas no sólo ayuda a deconstruir las conclusiones de identidad negativas asociadas con estas historias, sino que visibiliza las formas de vivir y pensar que cargan estas narraciones, las formas históricas y culturales de ser en el mundo y de pensar el mundo que portan estas historias. Estas prácticas traen el mundo a la terapia en el sentido en que muchos entendimientos sobre la vida y los modos de vivirla, rutinarios y no cuestionados, se vuelven visibles como productos culturales e históricos, y dejan de aceptarse como certezas acerca de la vida, o verdades de la naturaleza humana y la identidad.

También logramos entender la narrativa como un vehículo cultural gracias a los análisis narrativos que solemos llamar conversa-

ciones de re-autoría. En estas conversaciones, la gente no construye historias de vida o identidad desde la nada, sino que las historias que derivan de estos contextos son parte de los discursos culturales, y albergan formas culturales e históricas de ser en el mundo y de pensar el mundo. Por ello, las conversaciones de re-autoría no sólo sirven para dibujar historias alternas de vida, sino para darle a la gente la oportunidad de participar en la rica descripción de algunas habilidades de vida y saberes acerca de la vida asociados con las historias alternas de su vida y su identidad. En la terapia narrativa solemos asumir que el evento extraordinario (o la excepción) brinda un pasaje o un punto de entrada a las historias alternas de vida. También asumimos que las historias alternas son el camino o punto de entrada para explorar otros saberes de vida y otras habilidades de vivir o prácticas de vida, culturales e históricas. En este sentido, no sólo se logra traer el mundo a la terapia mediante las conversaciones de deconstrucción. Las conversaciones de re-autoría también logran esto.

Cuando insistimos en entender la narrativa como vehículo cultural, y cuando insistimos en la importancia de desentrañar, en las conversaciones terapéuticas, los saberes de vida y las habilidades o prácticas de vida que se relacionan con las historias de la gente acerca de la vida y acerca de su identidad, logramos poner en primer plano consideraciones sobre la relación particularmente íntima que mantienen el conocimiento y el poder. Esta relación íntima es el sello distintivo del sistema de poder moderno, el principal mecanismo de control social en la cultura occidental contemporánea. Cuando hablo de una relación íntima entre conocimiento y poder, no quiero abundar en el sonado refrán: “El conocimiento es poder”, sino seguir la perspectiva foucaultiana de la dependencia mutua de los conocimientos acerca de la vida y la identidad, producto de más de 300 años de disciplinas

de la ciencia humana por un lado, y por otro, de las prácticas del poder que posibilitan el uso de estos conocimientos para constituir o fabricar identidades modernas. Las normas contemporáneas de vida se construyeron mediante el desarrollo de estos conocimientos de vida e identidad, y las prácticas de poder proveyeron la tecnología para disciplinar la vida moderna, al servicio de reproducir estas normas. Estos conocimientos y prácticas confluyen en el juicio normalizador de las vidas de las personas. Un análisis del poder moderno y de las formas en que operan los juicios normalizadores es imprescindible para aprehender muchas dimensiones de la práctica terapéutica, como lo muestran las tres historias que siguen.

DIANNE

A Dianne la trajeron sus papás, Joe y Ellen, desesperados por la situación de vida de su hija. Me dijeron que en los últimos 18 meses, Dianne había ingresado varias veces al hospital. Dos veces porque mostró actitudes de suicidio, las otras porque se preocupaban por su seguridad en general. En el hospital, Dianne fue atendida por depresión. Aunque Dianne cooperaba tomándose los medicamentos que le recetaron, Joe y Ellen me dijeron que estaban preocupados porque no veían avances, o algo que contribuyera a amainar sus preocupaciones por las dificultades de Dianne. Una de sus preocupaciones era no saber cómo ayudarla. Me decían que, a pesar de las hospitalizaciones y los medicamentos, Dianne seguía retraída, inexpresiva, desinteresada y ausente, la mayoría del tiempo. En respuesta, se preocupaban aún más por ella, y ahora indagaban opciones para ver qué más podían hacer. Ellen lloraba, y Joe intentaba apaciguarla.

Dianne no parecía darse cuenta, se le veía lejana, en algún lugar de ella misma.

Empecé por preguntarle si compartía estas preocupaciones en torno a su vida y, de ser el caso, que las definiera. Sus mínimas respuestas me dijeron muy poco de forma directa y, de otras maneras, me decían mucho. Eran mecánicas y defensivas. Su rostro permaneció rígido durante la primera parte de nuestra entrevista. Tuve la sensación de que Dianne conformaba sus respuestas para no revelar nada, y así mantenerme a distancia. Como no lograba contactar con Dianne, decidí reflexionar en ello y preguntarle a Joe y Ellen si tenían alguna idea que pudiera ayudar. Me dijeron que no creían poder hacer nada, y que en mi experiencia con las respuestas de Dianne, apenas me asomaba un poco a lo que les tocaba lidiar en sus esfuerzos por llegar a algún lugar con su hija. Ella no parecía confiar en ninguno de los esfuerzos que hacíamos por alcanzarla. (No sabía muy bien qué seguía. Intenté abrir la boca con la esperanza de escucharme decir algo juicioso, pero fue en vano. En ese momento me descubrí deseando que hubiera habido un terapeuta en el cuarto).

Una vez más me dirigí a Dianne. Furtivamente evitó mi mirada. De repente se me ocurrió algo y me pregunté por qué me tardé tanto en pensarlo. Le dije a Dianne que me imaginaba que algo le dificultaba estar presente en la reunión y unirse a nosotros para discutir su vida (me habría gustado pensar que soy bueno atando cabos, que capto rápido, pero no era el caso). Le pregunté si era cierto que se le hacía difícil estar presente. No hubo respuesta. Le dije: “Bueno, me imagino que algo te dice que no confíes en mí, lo que es bastante probable, puesto que nos acabamos de conocer y todavía no tienes una buena manera de medirme”. No parpadeó. “Y” le dije, “me imagino que has pasado por tantas cosas que debe ser difícil supo-

ner que alguien te pueda entender”. En respuesta a mi especulación, sentí que Dianne se callaba más todavía. Quizá, incluso, estuviera aguantando un poco la respiración. Esto me dio ánimo para seguir. Y le dije: “Me imagino que sea lo que sea que te esté diciendo que no confíes en mí, esto no quiere siquiera que me escuches o me concedas el beneficio de la duda”. Apareció un destello de expresión en el rostro de Dianne. “Bueno, si es así, te voy a decir que estoy acostumbrado a este tipo de tácticas”. Noté una mínima interacción con Dianne. Le hice la pregunta: “¿Podría ser que eso que te está empujando a que no confíes en mí también me esté insultando?”. Detecté sorpresa en Dianne. “¿Sabes que seguido me pasa y ya estoy acostumbrado?”. Dianne evitó furtivamente mi mirada, lo que tuvo el efecto de animarme a proseguir. “Sí, de verdad”, le dije, “no tienes idea de hasta dónde puede llegar, ni los insultos que han usado en mi contra, para impedir que una persona me cuente lo que le pasa. Creo que mucho tiene que ver con los celos, o algo así. Pero te aseguro que estoy acostumbrado, y no quiero que te avergüences por esta situación”.

Eché un vistazo a Ellen y Joe y miré que no sabían muy bien cómo interpretar mis aseveraciones. Pero parecían estar interesados en la respuesta que detectaron en su hija. Regresé con Dianne y le dije: “¿Puedes creer que me gusta coleccionar los insultos que me dicen? Tengo listas enteras. Algunas personas coleccionan estampillas, y yo tengo una colección de apodos e insultos. Es para mí como una colección de estampillas porque son apodos que me pegan”. Dianne me sonrió con una mueca. Entonces le dije: “Me gustaría ir por mi lista más actualizada y léértela. Si te la leo, ¿me escucharías? Porque quisiera saber si hay algo más que hayas escuchado de mí, otros insultos que no estén en la lista, y que pudiera agregar”. Repitió su mueca.

“Cualquier propuesta es bienvenida. Créeme, todo sirve”. Empecé a leer la lista. Dianne me respondió que ya tenía la mayoría de los insultos que conocía, y después parecía feliz de compartirme dos nombres que agregué. Estos especímenes eran particularmente mezquinos. Le dije que estaba seguro que habrían podido hacerlo mucho mejor, pero que, no obstante, me alegraba tener la oportunidad de aumentar mi colección, y de pronto, todo mundo en el consultorio se sintió aliviado.

Este hueco fue un momento crucial, de viraje, en nuestra conversación. Dianne empezó a revelar hasta qué punto la tiranizaban poderosos y ensordecedores pensamientos que le costaba mucho trabajo resistir. Según ella, estos pensamientos se instalaron a modo de autoridad en las motivaciones de otras personas, y ya no sabía en quién podía confiar. Estos pensamientos constantemente denigraban cualquier cosa que dijera o hiciera y la obligaban a comparar todos sus pensamientos y actos con los pensamientos y actos que tendría y haría si fuera una persona individual “real” —integrada adecuadamente, una persona con sustancia— competente, confiada e independiente. Me di cuenta que en respuesta a esta perpetua experiencia de evaluación negativa, Dianne siempre redoblaba esfuerzos para ser esa persona real. Pero parecía que nunca lo lograba, y sentía que nunca sería capaz de estar a la altura. Comenzó a creer que por siempre sería una persona inadecuada —un extraordinario fracaso como persona.

A medida que avanzó nuestra conversación, encontré más oportunidades para ahondar con Dianne en el funcionamiento de estos poderosos y ensordecedores pensamientos. Le hice preguntas para animarla a reflexionar:

1. Sobre la naturaleza de este funcionamiento (hablamos, por ejemplo, de las tácticas de poder y control que se expresan en estos pensamientos y de los mecanismos usados para evaluarla).
2. Sobre lo que podría motivar estos pensamientos y la expectativa que subyace (hablamos de la relación entre esto y su exigencia de estar a la altura y de cumplir con un programa de vida establecido).
3. Sobre los aspectos que nos brindarían un recuento más específico de la identidad de estos pensamientos (hablamos, por ejemplo, de los propósitos que tendrían en la vida de Dianne, de lo que podrían éstos haber soñado para su futuro, de las actitudes que suelen expresar estos pensamientos frente a sus esfuerzos continuos por vivir una vida propia, de lo que cargan respecto a lo que ella hace en realidad, y del programa que tienen planeado para nuestro encuentro).

Estas exploraciones desentrañaron, deconstruyeron, los poderosos pensamientos ensordecadores que abrumaban a Dianne. Al desentrañarlos, alcanzamos a entender más las peculiaridades de la naturaleza de estos pensamientos. Lo que era intangible en un principio comenzó a materializarse. Lo que Dianne había experimentado como fenómeno total, parecía ahora tener límites y fronteras. Se estaba visibilizando la naturaleza parcial de lo que en un principio pareció hablar por la totalidad de la existencia de Dianne.

Esta exploración preparó el terreno para identificar varios aspectos de la vida de Dianne que parecían estar al margen de la esfera de influencia de estos poderosos y ensordecadores pensamientos. Estos aspectos incluían acciones que no podrían ser identificadas como de un juicio hacia uno mismo, que no podrían leerse como actos de comparación entre lo que uno es y lo que debería ser. Estos

aspectos incluían expresiones que no podrían haberlas configurado las motivaciones y expectativas asociadas con el funcionamiento de los poderosos y ensordecedores pensamientos. Estos aspectos incluían expresiones de vida que no reproducían las metas, sueños, y actitudes particulares de estos pensamientos, sino otras metas, sueños, esperanzas y actitudes.

Ahora teníamos varias opciones para seguir con nuestra conversación terapéutica. Estaba la opción de conversar para determinar cómo se había negado Dianne, de algún modo, a lo que estas operaciones del poder le requerían en términos de autoevaluación y comparación: los conocimientos y habilidades de vida expresados en ese rechazo, las formas alternas de relacionarse con su vida y con el mundo que se hacían evidentes en este rechazo. Eran formas que no medían, que no reproducían esto de ser una persona “integrada” —el autocontrol, la eficiencia, la confianza en sí misma y la autenticidad. Buscamos también la opción de tener una conversación que identificara los propósitos, sueños, esperanzas y actitudes alternos que eran evidentes en su rechazo a estas operaciones del poder y que trazaban la historia de estas operaciones, de modo que contribuyeran a enriquecer su descripción y que las vincularan con los propósitos, sueños, esperanzas y actitudes de otras personas que habían sido significativas para Dianne a lo largo de la historia de su vida. Ellen y Joe contribuyeron mucho a esta conversación. Por ejemplo, Joe nos alcanzó para trazar la historia de las otras metas, sueños, esperanzas y actitudes evocando a su tía, cuya vida siempre le había fascinado: siempre había ido a contracorriente a pesar de las presiones que se ejercían sobre ella para que viviera de forma más tradicional. Retomamos estas opciones y otras en conversaciones posteriores y permitieron que Dianne llegara a un punto de inflexión en su vida.

JENNY Y PAULINE

Me reuní con Jenny y Pauline. Pauline me brindó algún contexto de lo que las llevó a hacer una cita conmigo, y me puso al día sobre los asuntos que querían tratar en la reunión. En el proceso de su relato, Pauline habló de su relación amorosa, que mantenían ella y Jenny, y que al momento llevaba siete años de historia. Jenny se unió a Pauline para narrar lo que esta relación había significado para ambas. Hice algunas preguntas que me permitieron apreciar en mayor profundidad algunas de las cualidades especiales de la relación y en qué había contribuido a sus vidas, y al sentido de lo que eran, a su sentido de identidad.

Me enteré que Pauline llamó para hacer la cita, con la aprobación de Jenny. Pauline me dijo que, aunque sabía que la relación les había brindado muchos regalos a la vida de ambas, había sido una constante fuente de preocupación para ella el que Jenny la pasara tan mal con tantas cosas, y que a menudo llegara a un estado de desesperación, difícil de desactivar, y que las podía paralizar bastante a las dos. Esto lo corroboró Jenny. Y me dijo que Pauline había sido maravillosa, que había hecho muchos esfuerzos por apoyarla y por hacerla sentir mejor en esos momentos. Tras un episodio que dejó a Pauline todavía más frustrada por su sensación de no lograr ayudar a Jenny, le propuso hacer una cita conmigo para explorar otras opciones para abordar esta experiencia. Jenny respondió positivamente a esta idea.

Le pregunté a Jenny si tenía un término para nombrar su experiencia. Dijo que el término “falta de confianza en sí misma” era bastante apropiado. Nombrar las cosas nos abrió la posibilidad de explorar las particularidades de la experiencia de Jenny: descubrimos que la falta de confianza hacía que Jenny fuera muy exigente

con ella misma, lo que minaba su confianza, la privaba de su sentido de bienestar e interfería en su relación con Pauline y con otras personas que eran especialmente significativas para ella.

Esta exploración me sirvió para preguntarles si entendían el contexto de esa falta de confianza: “Si pensamos en la naturaleza de esta falta de confianza, ¿sienten que hay fuerzas particulares ligadas con ésta? ¿Fuerzas que la configuren y le den peso?”. En respuesta a esta pregunta y a otras del mismo tipo, Jenny y Pauline plantearon cuestiones relacionadas con la identidad sexual y la homofobia, con la estructura de la dominación heterosexual y las relaciones de poder que dicta. Jenny abundó también en algunas experiencias de la infancia en su familia de origen.

Al revisar las fuerzas que pudieran estar ligadas a la falta de confianza, me dijeron que aunque entender estas fuerzas había sido esencial para enfrentar el rango amplio de sus experiencias como mujeres lesbianas en una relación, y aunque tenían una aguda conciencia de hasta qué punto estas fuerzas seguían siendo parte omnipresente en su vida, sentían que debían seguir buscando —más allá de la homofobia y de las relaciones de poder que dicta la dominación heterosexual, y más allá de la identificación y del trabajo en torno a las dinámicas familiares (que por cierto las tenían extenuadas, trabajar en estas cosas siempre cansa). Pauline y Jenny me dijeron que no querían perder la oportunidad de destapar algunas piedras, pues ellas lo veían como una oportunidad de mirar más allá. También se tomaron el tiempo para asegurarme que habían desarrollado fuertes antídotos contra las fuerzas de la homofobia y de la dominación heterosexual. Habían participado en la creación de una comunidad fuerte y amorosa de mujeres que se apoyaban unas a otras de mil maneras para contrarrestar los efectos de esas fuerzas en sus vidas respectivas.

Para responder a su propuesta de mirar hacia otros lugares, les pregunté si estaban de acuerdo en que preguntara más acerca de los efectos de la falta de confianza en la vida de Jenny y en su relación. “Es aceptable”, me dijeron. Así que empecé:

- ♦ ¿Qué te dice la falta de confianza de la persona que eres?
- ♦ ¿Cómo configura tu mirada hacia ti misma como persona?
- ♦ ¿Cuáles son sus principales efectos en tu vida y en tus relaciones?
- ♦ ¿Me podrías poner al corriente de cómo te hacen abordar tu propia vida algunas de las particularidades de la falta de confianza?

Me percaté de que la falta de confianza llevaba a Jenny a la idea de que era inadecuada como persona en uno u otro ámbito. Que no era suficientemente “eso” o “suficientemente aquello” (ni suficientemente independiente, ni original; ya saben, estaba en el extremo equivocado de los continuos y estándares de vida, en los extremos “enredosos” y “entreverados”, en el “límite borroso” de las cosas. Pensaba de sí misma que era un fraude, y que no lograba ser una persona auténtica). En resumidas cuentas, habló de una vida arruinada por un cúmulo de errores y omisiones de su parte. En respuesta a estas conclusiones, Jenny se empeñaba todavía más en ser una persona adecuada e integrada, en hacer un viraje en su vida, hacia los extremos favoritos de estos continuos, con tal de volverse una persona auténtica, con tal de llegar a un lugar donde ser ella implicara ser la persona que podría ser. Describía sus esfuerzos en términos de un “arduo trabajo”. Al enterarme de los detalles de estas “gimnasias”, me pareció que

“arduo trabajo” era una de esas expresiones que llegarían a ser uno de los eufemismos cruciales en la moda de la década.

Ya tenía yo un listado de las fallas y omisiones por las que Jenny la pasaba tan mal, y sentí que podía entender bastante bien sus conclusiones y las consecuencias de estas conclusiones: el modo en que habían afectado su involucramiento con su vida y su relación con Pauline. A partir de este listado, pude discernir otras expresiones de la vida de Jenny que también pudieron tornarse fallas y omisiones, y que hacían que, en un mundo más ideal, la habrían hecho tener muchos más problemas. Hablamos de errores y omisiones con los que —en una vida perfecta— Jenny no podría sino generar conclusiones de identidad aún más negativas. De hecho, algunas de estas fallas y omisiones podrían confirmarle a Jenny su preocupación de haber fracasado como persona.

“¿Podríamos hablar de otras expresiones que pudieran haberse construido como fallas y omisiones significativas para tu vida?”, pregunté.

Pauline contestó que estaría muy bien y Jenny dijo que no había que desperdiciar esta oportunidad.

“Bueno”, dije, “¿me puedes ayudar a entender cómo, respondiendo a aquellos posibles errores y omisiones, has evitado encasillar otros aspectos de tu vida en un continuo de desarrollo personal o en un estándar de rendimiento? ¿Cómo lograste resistir? Y, si estas expresiones de tu vida no representan un fracaso, ¿entonces qué expresan?”.

Jenny y Pauline se entusiasmaron mucho con la idea de emprender esta indagación. A fin de cuentas contribuyó a enriquecer su relato y a honrar su conocimiento y sus habilidades de sobrevivencia y las prácticas alternas de su yo que no intentaban evaluar. Nos permitió enriquecer y honrar las metas, valores y creencias específicas que con-

tradedían los propósitos, valores y creencias incrustados en los conceptos normativos acerca de lo que significa ser una persona auténtica en la cultura occidental contemporánea. Así, Jenny logró apartarse de su falta de confianza.

DAMIEN

Fue la asesora responsable de la agencia donde trabajaba Damien quien lo refirió conmigo. Cuando lo contrataron, era un joven que prometía mucho como terapeuta. Sin embargo, 18 meses después, el personal de la agencia comenzó a preocuparse porque las cosas resultaron diferentes a lo previsto. Comenzaron a considerar a Damien como indeciso, falto de la seguridad y el aplomo que esperaban de él como asesor de la agencia, y como ejemplo para los voluntarios que contribuían bastante a los servicios que presta la agencia. La responsable pensó que sólo era una irregularidad momentánea, fácil de resolver, un desliz en el camino que lo desvió de una participación plena y confiada en los varios contextos de la vida de la agencia, asumiendo cierta autoridad. Pensó que una vez superado este desliz, Damien llegaría sin ninguna dificultad a lo que se esperaba de él en el trabajo.

Cuando me senté a hablar con Damien, me confirmó el diagnóstico de su desempeño. Dijo que no tenía idea de lo que lo había descarrilado. Recordó que al principio, cuando empezó a trabajar como terapeuta, se sintió algo inseguro, pero asumió que esta sensación se difuminaría pronto, cuando entendiera cómo funcionaban las cosas y las responsabilidades asociadas con su cargo. Pero no fue así. La inseguridad creció, y en ocasiones, casi sentía que la aprensión lo paralizaba. Esta parálisis le creaba grandes dificulta-

des relacionadas con las responsabilidades que le habían confiado. Esto representaba un gran peso y había recorrido diversos caminos en su intento de resolver estas dificultades, incluido un taller de “asertividad”. Desgraciadamente, esas iniciativas no sólo fueron en vano sino que sus resultados complicaron la situación: únicamente sirvieron para reforzar las dudas que tenía de sí mismo y hacerlo sentir peor.

A partir del relato de Damien sobre su experiencia en el trabajo, tuve la sensación de que sus incertidumbres y su aprensión respondían a ciertas preguntas que se hacía acerca de las prácticas de la agencia y de lo que le requerían en su práctica profesional. Pensé que sería bueno desentrañar esta aprensión para tener una idea más clara de lo que estábamos enfrentando. Entonces le pregunté si estaba de acuerdo con que le hiciera unas preguntas para entender mejor los diferentes aspectos de esta aprensión. Le expliqué mis intenciones. Le dije que aunque lograba entender un poco los efectos negativos de su aprensión, y podía darme perfecta cuenta de su anhelo de sentirse libre de tales efectos, era claro que quedaban muchos más rincones de su aprensión que sería bueno conocer. Me dio el visto bueno. Le pregunté: “Dime, ¿si no fuera por esta aprensión, serías más moderado o menos moderado en las conversaciones con las personas que te consultan?”. En respuesta a esa pregunta, tuvimos una conversación en la que Damien decretó que la suficiencia y no la moderación, sería un rasgo de su modo de actuar si no fuera porque estaba presente una dosis de aprensión. Hablamos de las posibles ramificaciones de esta situación, lo que permitió que Damien narrara sus modos preferidos de estar con las personas, y que examinara lo que esto nos decía de su compromiso con reducir al mínimo el potencial dañino de las relaciones de poder.

Entonces, se abrió en nuestra conversación un espacio que me permitió hacer otra pregunta sobre su aprensión: “¿Si pudiéramos borrar esta aprensión, cómo afectaría a tu habilidad para reconocer y asumir los efectos de tus palabras y tus acciones en la vida de las personas que te consultan?”. Damien respondió que esto podría cerrarle el paso a la posibilidad de asumir la responsabilidad por los efectos de lo que decía y hacía en nombre de la terapia. Esto nos condujo a conversar sobre la naturaleza de su compromiso con la ética y con la historia de esta ética en su vida personal.

Se me ocurrió otra pregunta: “¿Si tu práctica estuviera libre de aprensión, qué saberes pondrías en el centro de tus conversaciones con las personas que te consultan: los tuyos o los de estas personas?”. Su respuesta fue inmediata: “Es más probable que mis saberes quedaran en el centro”. Agregó que para él, sería un resultado muy poco satisfactorio, pues contribuiría a descalificar los saberes tan relevantes y significativos que las personas traen consigo al contexto de la terapia. Esto nos puso a identificar la postura de Damien acerca de las prácticas que a veces se entrometen en nombre de la terapia y cuyo efecto termina siendo la marginación de las personas que vienen en busca de ayuda.

Luego se me ocurrieron más preguntas: “¿Si no estuviera esa aprensión, estarías más o menos dispuesto a experimentar las contribuciones de las personas que te consultan, y el modo en que pudieran influir en tu propia vida?”. Todas estas preguntas contribuyeron a desentrañar la aprensión de Damien y sirvieron para identificar los aspectos de la aprensión que teníamos que valorar, honrar y abrazar. Entonces, nuestra conversación se tornó una exploración de las posibilidades con que contaba Damien para expresar más abierta y explícitamente su posición en torno a las relaciones de poder en la terapia, la ética de la

práctica, y los valores que cuestionaban esas prácticas marginantes de las personas en sus terapias, y en las responsabilidades adicionales implícitas en su trabajo.

Invitamos a Helen, la responsable, a acompañarnos en un tercer encuentro. En la primera parte de éste, le pedimos que sólo escuchara nuestra conversación. Damien enriqueció el relato de su postura sobre las relaciones de poder en la terapia, la ética, y las prácticas que marginan, y de algunos de los saberes y habilidades con las que él contaba para asumir estas posturas en su trabajo como terapeuta y en otras responsabilidades asociadas con su cargo en la agencia. Luego, vino el turno de Helen y ella abundó sobre lo que había escuchado de nuestra conversación. Helen volvió a contar con sus palabras lo que había escuchado —era una re-narración que reconocía fuertemente la postura de Damien, y enriqueció la descripción de algunos de los saberes y habilidades que él había identificado.

El resultado fue que valoramos mucho de lo que expresaba la aprehensión de Damien, y Helen y Damien empezaron a revisar las prácticas terapéuticas y las prácticas de la agencia en general.

EL PODER MODERNO

Qué tienen esas historias en común. Creo que las dificultades de Dianne, de Jenny y Pauline, y de Damien eran claramente el resultado de lo que podríamos definir como tecnología del poder. En esa tecnología del poder, los mecanismos de prohibición, opresión, restricción y regulación que caracterizan la forma en que operan las estructuras de poder tradicionales o clásicas no son manifiestos. Más bien, la tecnología de poder hace que la gente moldee sus vidas e identidades

según normas construidas en la historia de las disciplinas profesionales modernas. En vez de constreñir y prohibir, las tecnologías de poder moderno involucran a las personas en la producción de sus vidas mediante las disciplinas del yo.

Podemos considerar esa tecnología del poder moderno como “disciplinaria” en ambos sentidos del término. Primero, las relaciones de poder llevan a la gente a moldear sus vidas y a fabricar sus propias identidades según las normas construidas al hilo de la historia de las “disciplinas” modernas. Segundo, estas modernas relaciones de poder hacen que la gente produzca sus propias vidas a través de las “disciplinas” del yo.

Según esta versión del poder, vemos que las disciplinas modernas, incluidas la psicología, el trabajo social, y la medicina/psiquiatría, han jugado un papel decisivo en el desarrollo de una tecnología disciplinaria que suele llevar a las personas a participar en juicios normalizadores de sus propias vidas y las de las demás —estos juicios siguen normas acerca de lo que debería ser una vida útil, productiva y auténtica. Esas normas construidas, que nos invitan a medir nuestras vidas, se relacionan con las verdades que transmite nuestra cultura acerca de la naturaleza humana; esas verdades son las categorías identitarias favoritas de la era moderna.

Nos incitan a manejar estas verdades involucrándonos en actividades modeladoras del yo que pretenden reducir lo más posible el espacio entre el lugar donde nos ubicamos en los continuos de desarrollo y en los estándares de rendimiento, y las normas sobre las que se basan esos continuos y estándares: tendríamos que ser personas realmente independientes, autónomas, diferenciadas, y demás. Los instrumentos de este poder son los continuos que dictan lo que es sano y lo que es patológico, lo que es normal o anormal, y los están-

dares que clasifican a la gente en términos de avance o retroceso en su desempeño.

¿Quién no se ha puesto a comparar su vida a la luz de las normas construidas por nuestra cultura? ¿Quién no ha evaluado su posición en este continuo o en aquel otro? ¿Qué tanta gente no ha insertado los datos de su vida en un estándar u otro?

Es en el contexto de estas relaciones de poder que se incita a la gente a reproducir las individualidades que venera la cultura occidental contemporánea. Es en el contexto de estas relaciones de poder que se recluta a la gente para que actúe administrando su yo por sí misma, para reproducir las formas de ser que les otorga cierto valor normativo en nuestras comunidades —la gente tiene que auto-perfeccionarse, auto-controlarse, auto-contenerse, auto-realizarse, lograr plenitud y demás.

He discutido sólo algunos aspectos de cómo opera el poder moderno, y he enfatizado el papel del juicio normalizador. Me gustaría insistir en ese punto: *el juicio normalizador es la actividad central de las formas modernas en que opera el poder*. Estas formas de operar van de la mano con la construcción de conocimientos de vida e identidad a los cuales se asigna un estatus de verdad. Por lo general estas operaciones del poder son eficientes en involucrar a las personas en el imperativo de determinar esta verdad, revelarla, y mantenerse fiel a ella en sus actos de vida. Es en este sistema moderno de poder que las vidas de las personas se vuelven objeto de conocimiento.

Estas operaciones de poder “celularizan” la vida. La inserción de las personas en estos estándares y continuos—que son los instrumentos del juicio normalizador— tiene un efecto desarticulador de los grupos, los que son reemplazados por individuos que son dispersados

para organizarlos en torno a una norma. De este modo, el poder disciplinario moderno produce individuos.

Si las relaciones de poder de este sistema moderno están en todas partes, en todas partes podemos ver cómo la gente se opone a ellas. Por ejemplo, esa oposición se vuelve obvia cuando las personas se niegan a reproducir las individualidades que la cultura venera. Esto se evidencia en lo que frecuentemente se considera su fracaso para autocontrolarse y auto-contenerse, o su fracaso en cualquier otro criterio de autenticidad promovido por la cultura.

Siempre hay oportunidades de rechazar las operaciones del poder. Tomemos, por ejemplo, las oportunidades que tiene la gente de resistir cuando la instigan a encasillar su vida en los continuos de desarrollo, de lo saludable y de la normalidad, o las oportunidades que tiene de retirarse de las prácticas que evalúan su vida a la luz de un criterio u otro. En el contexto del poder moderno, sus errores y equivocaciones, las contingencias que perturban su vida, y a veces, incluso las desgracias o fracasos para lograr los fines deseados, pueden constituir desenlaces excepcionales.

El poder moderno está multicentrado y multisituado. No es monolítico ni total. La humanidad entera está implicada en las formas de operar de este sistema de poder, cuando damos forma a nuestras vidas e identidades. Este poder está en todas partes. Pero no tenemos por qué perder la esperanza. Si podemos percibir el poder moderno en todas partes en sus formas locales de operar, en nuestras vidas y relaciones íntimas, entonces tenemos un sinnúmero de oportunidades para dar cuenta de estos modos de operar y subvertirlos.